

MENSAJES A TRAVÉS DE ANITA. -FEBRERO-

Viernes, 3 – Febrero – 2012

NUESTRO AMADO MAESTRO JESÚS

Hijos míos: Soy vuestro Amado Jesús. Aquí estoy con vosotros. Cómo estáis orando y Yo también con vosotros, hijos míos; porque la Oración hace mucha falta. Pero estoy también viendo muchas cosas desde aquí. Porque se está perdiendo mucho la Oración; ya no hay esos Cenáculos que mi Madre mandaba hacerlos en las casas particulares, para que se hicieran entre familia; y se está perdiendo, hijos míos, ya las familias no quieren. Pues, hijos míos, es lo que hace mucha falta.

*Vosotros pedid y pedid al Padre Celestial, porque ya veréis qué falta os tiene que hacer. La Oración es una cosa muy necesaria, y mucha falta que hace para vuestro cuerpo, vuestra salud y vuestra mente, hijos míos. Ya está acercándose todo, y ya se está haciendo el redondel cada vez más pequeñito y el círculo se está cercando. Porque es que, hijos míos, lo malo no creen que va a llegar el momento; siempre están diciendo: **“Desde que yo era niño, esto se oía decir”**.*

*¡Ay, hijos míos, cómo no lo creen!, si todo ese tiempo estoy -y mi Madre también- pidiéndole a mi Padre que no agache el dedo, que lo sostenga un poquito más para que el Mundo no se pierda. Pero el Mundo se tiene que perder, porque ya todo es como el que no oye nada; ya todo se lo echan atrás y dicen muchos: **“Que lo que sea de uno, sea de otros”**.*

*¡Ay, hijos míos!, si supieran que no es eso, y no es lo que uno sea de otros. No, cada uno tiene allí en El Libro de mi Padre puesto su destino; y lo que se ha hecho y se ha ganado aquí en la Tierra, todo allí lo verán; que mi Padre le tiene a cada uno su destino, como aquí también se lo tiene. El que lo cumpla, ya se va con ello hecho y ganado; el que no, pues allí lo ha de pagar y hacerlo. Si no, hijos míos, ya sabe lo que le esperará. Porque esto es que mi Padre les está dando tiempo para que todo lo lleven hecho; les está dando - como decís vosotros, hijos míos-, una oportunidad, ¡y bien grande! Pero cuando llegue allí, mi Padre le dirá: **“Te la di ¡y bien grande!, para que vinierais aquí con vuestro corazón ya limpio de todo y vuestra alma”**.*

Pero, hijos míos, sufrir no quiere nadie; pasarlo mal..., nada. Todo es bien y bonito, y nadie quiere pasarlo mal. Porque eso es todo, como dicen es mentira. Hijos míos, ¡qué desengaño tan grande se tienen que llevar! Pero, bueno, se les están dando muchas facilidades; se les están dando para que estén y hagan las cosas con amor, para bien para todos ellos. No lo quieren,

¡pues allá cada uno!; porque cada uno es dueño de sí mismo. Y, luego, cuando llegue digan que ellos no sabían y pongan muchos parapetos; entonces, mi Padre le dirá: “Hijo mío, sí lo sabías, todo lo sabías; pero habéis agachado la cabeza y habéis hecho como que no os enterabais. Pero, hijos míos, ¡vamos a ver cómo aquí sí os vais a enterar!”.

Así que, hijos míos, vosotros no hagáis caso de nadie. Orad, pedid al Padre; pedid por vuestros hermanos, por vuestros hijos, por vuestros hogares; que falta también os va a hacer, hijos míos; y dad ejemplo a todos los que no quieran seguir el camino del Amor. Porque es trabajoso, es duro, es libre, es bueno para ellos. Siguen el camino que ellos creen que es el suyo el verdadero, y así se condenan y van para arriba ya condenados.

Enseñad a vuestros hermanos que pidan perdón y que se vayan haciendo a los trabajos verdaderos del Padre Celestial, aunque sea trabajoso. Pero todo cuesta trabajo, todos los bienestares que haya que tener cuestan trabajo y cuesta mucho dolor hacerlo, pero se hace, hijos míos.

¡El amor!, el que tiene amor y da amor, ¡qué bonito es! El que dice: “Yo todo lo hago por amor, por amor a mi Padre, por amor a mi Madre; porque son los que me quieren, y yo los quiero a ellos”.

La Madre, mi Madre y la vuestra, se pone tan contenta y se le quitan muchos sufrimientos de su corazón; y Yo, como buen Hijo, cuando veo que vosotros, hijos míos, le estáis quitando a mi Madre muchos dolores, me pongo muy contento; y, entonces, Yo también os los quito a vosotros, porque vosotros se los quitáis a mi Santa Madre.

Bueno, hijos míos, ya os dejo, porque voy a salvar a muchos hijos que están en peligro.

“Yo, vuestro Amado Jesús, con el Agua del Manantial de mi Padre, con el Amor y la fuerza os dejo, hijos míos, y os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, amad y amaros los unos a los otros como Yo os amo.

Adiós, hijos míos, adiós, que voy a salvar a todos los que me tengo que llevar para arriba. Adiós.

Martes, 7 – Febrero – 2012

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

*Hijos míos: Soy vuestra Madre Celestial. Aquí estoy con vosotros orando y pidiéndole al Padre. Pedidle mucho, que el Padre está con sus brazos abiertos para recibir todo lo que le pidáis. Yo os lo digo, hijos míos: “**Pedid, pedid que se les dará**”.*

Hijos míos, mi Corazón está muy triste; mi Corazón está que ya de dolor que tengo no puedo más, pero ahí estoy con todos mis hijos y mi Hijo.

Hijos míos, ¡qué pena tengo tan grande!, cuando veo, y digo: **“Otro que están quitándole su vida. ¿Para qué lo quieren esos enemigos que tanto daño está haciendo al hombre? ¡Esos hombres crueles!”**.

Yo os digo, hijos míos, retiraros de todos esos; porque no son hombres, ¡son Satanás! Cada vez que veo que están orando y que están pidiendo, y ahí entran y ahí van a hacerles todo el daño que pueden. ¿Por qué? Porque ahí es donde Yo mando a mis hijos que vayan a orar.

Que están quitando todos los Cenáculos que Yo pedí que se hicieran por el Mundo; hijos míos, quedan muy poquitos ya, y los que quedan son porque son hijos muy escogidos por el Padre, y dicen: **“Esto no lo quito Yo, lo mande quien lo mande”**.

Pero ya veréis, hijos míos, todo el que siga orando y siga pidiendo, cómo el Padre lo premiará y le dará todo lo que le pida; aunque sufran, aunque estén con el corazón roto como Yo. Porque Yo lo tengo, y se lo digo al Padre: **“Padre, esto ya no puede ser”**.

Y dice: **“Esto, hija mía, no lo hago Yo; esto lo hace nuestro Contrario, Yo no. Yo no quiero nada más que mucho Amor, Amor hacia mis hijos, ¡Amor!; porque el que tiene Amor lo tiene todo, el que tiene fuerza hacia todos los hermanos que están ahí esperando que el Señor les diga: “Hijo mío, éste es tu camino; esto es lo que tú tienes que seguir”**.

Y, entonces, hijos míos, lo seguirán; pero, mientras, todavía el Señor y el Padre Celestial están ahí. Y Yo le digo: **“Padre, todavía no. ¡Vamos, otro poquito!, para que se salven todos esos hijos nuestros que nos quieren y que nos aman y que están cogidos por nosotros; vamos a que se salven”**.

Y el Padre como es Amor, como quiere tanto a todos sus hijos, espera y espera; y cuando vienen esas catástrofes que vienen, me dice: **“Hija, ¿ves?”**.

Y Yo le digo: **“Padre, algunos se han salvado; pero mi Corazón está roto, como el tuyo, Padre”**.

Yo, hijos míos, os pido que tengáis amor en vuestro corazón; que tengáis fuerza para poder...; que cuando el maligno se acerque a vosotros podáis decir: **“¡A mí no! Yo tengo fuerza y yo la fuerza viene del Padre Celestial. ¡Conmigo no puedes!”**.

Y es lo que tenéis que hacer, como mi Amado Jesús lo hacía cuando se le acercaba el enemigo, que fueron muchas veces. No fueron solamente cuando estaba en el desierto, sino en cualquier momento se le acercaba y le decía: **“Si Tú no tienes necesidad de pasar necesidades, porque Tú tienes tanta Fuerza como tu Padre”**.

Y Él le decía: **“Lo sé, porque es mi Padre y somos Uno en los dos. Pero Yo tengo que sufrir todo esto, porque para eso mi Padre me mandó**

al Mundo, para que Yo salvara a todos los que me mandó salvar. Y así Yo lo hice”.

Me decía mi Amado Jesús, cuando venía: “Madre, Madrecita, hoy el Contrario ha estado conmigo; pero conmigo no puede, conmigo sabe que no”.

Y Yo le decía; “¡Ay, Hijo, Jesusito, no te dejes!; que Yo se lo pido al Padre Celestial todos los días, que no te deje”.

Y me decía: “Madre, nunca me dejaré; porque hasta de Niño lo conocía. Cuando venía hacía Mí, desde lejos ya decía Yo: Ya viene. Y nunca he huido de él; nunca he huido. Siempre lo he esperado y le he dicho que no se cansara, que conmigo no podía”.

Y un día viene y me dice: “Madrecita, ¿sabes lo que me ha dicho el Contrario? Que qué Padre será el que Yo tengo, que consiente que haya nacido con los animales, que haya nacido con la paja que comía el animal”.

Y Yo le contesté: “Un Padre muy bueno; que nací ahí y para Mí fue un Palacio con todas las rosas del Mundo. Así que, a Mí con eso no me vas a asustar, ni decirme esas cosas. Y mi Madre, mi Santa Madre, fue la más feliz del Mundo teniéndome allí. Tú eres peor, que quieres coger a todos los hombres que son buenos, que tienen buena voluntad; y quieres llevártelos adonde no puedan salir jamás. Y no te temo, y ya ves que no huyo de ti; que estoy aquí y te espero cuando veo que ya vienes”.

Pero todo, hijos míos, venía y me lo contaba. Yo tenía un temor muy grande, y me decía: “¿No tienes confianza en Mí? Si a Mí me guarda mi Padre. No tengas disgusto, que ningún traidor puede hacerme daño”.

Así que, hijos míos, Yo os digo a vosotros también eso: “Que oréis, que tengáis mucho amor hacia todos vuestros hermanos; que siempre tengáis fuerza para poder despedir al Enemigo. Y cuando vea el Enemigo que no, que tenéis fuerza del Padre Celestial y que la fuerza que tenéis viene de Él, huirá y no os dejará entrar en vosotros”.

Así que, hijos míos, orad mucho y pedid mucho; porque por mucho que pidáis, todo se os dará. Aunque el camino del Padre Celestial es duro, es de mucho sufrimiento; pero luego, todo es amor y todo es alabanza hacia el Padre Celestial.

Bueno, hijos míos, seguid orando y seguid pidiendo en cada momento de vuestra vida. Yo os voy a bendecir, para que quedéis bendecidos y el Contrario no pueda acercarse a vosotros.

“Yo, vuestra Madre Celestial, vuestra Madre que del Cielo he bajado con la Luz divina, el Amor del Padre y el Agua del Manantial del Padre Celestial, os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, todos quedáis bajo mi manto celestial; os arropo con él, con este manto de Luz, de Fuerza y de Amor. Hijos míos, quedad con la Paz, y amaros los unos a los otros. Adiós, hijos míos, adiós.

Viernes, 10 – Febrero – 2012

NUESTRO AMADO MAESTRO JESÚS

Mi Paz sea con vosotros, hijos míos. Soy vuestro Amado Jesús. Aquí estoy orando por todos vosotros y por el Mundo entero.

Hijos míos, Yo, vuestro Amado Jesús, vengo a daros Paz y Amor. Porque, hijos míos, como todo está tan mal, ya solamente os queda la Luz y el Amor del que baja del Cielo. Hijos míos, agarraros a ÉL, agarraros a esto, para que algo tengáis y defenderos ante todo enemigo.

*Yo, vuestro amado Jesús, os digo: **“Tened paciencia, tened resignación, sed humildes y agachad siempre la cabeza, cuando venga un hermano que quiera decir que es más importante que vosotros; dejadle, y decid: “Bueno, hermano, llevas razón”.***

*No forméis conversaciones, porque Yo os lo digo, hijos míos, ya está todo muy mal. Cuando veáis -como ya se está viendo- por la calle cómo corre la sangre, cómo van los ríos llenos de cadáveres de vuestros hermanos; y ya lo estáis viendo. Pero, hijos míos, pedid por todo eso, pedid por todos, y decidle al Padre, a mi Padre y al vuestro: **“Padre, ayúdanos; danos el Amor que necesitamos; esa paciencia que Tú quieres que nosotros tengamos para con todo el mundo, dánosla, que nosotros todavía no la tenemos; porque todavía cuando vemos algo que no nos gusta; que no es..., y que me lleva la contraria, yo saco mi soberbia y quiero ser más que todos. Por eso, Padre, te pido que me ayudes, que ayudes a mis hermanos, que ayudes en mi casa, para que la soberbia nunca salga; solamente lo que salga de mí sea amor, tranquilidad, para que todos aprendan de mí. Si Tú me lo das, yo enseñaré a mis hermanos, los que lo necesiten”.***

*Eso pedídselo a mi Padre, pero prometédselo que lo vais a hacer; si no, no le pidáis nada, si no lo vais a prometer y si no lo vais a hacer. Porque mi Santo Padre se disgusta mucho cuando ve que un hijo que ha prometido una cosa..., le ha dicho: **“Padre, esto te lo hago a favor...”.** Y luego se le ha olvidado y no lo ha hecho.*

Por eso, os digo que si lo hacéis, hacedlo todo lo que le prometéis a mi Padre y al vuestro, que os quiere también mucho, hijos míos; que está luchando también por salvar a muchos hijos, que no quiere que se pierdan.

Pero, claro, hijos míos, hay que decirle al Padre y hablar con Él, y decirle: “Padre, esto me pasa, y si Tú no me ayudas, no hay quien me ayude. Porque Tú eres el que todo lo puede hacer, nadie más; porque como Tú no hay nadie”.

Y así siempre tenéis que estar. En cuanto hagáis cualquier cosa, echad mano al Padre Celestial, hijos míos, porque está mi Santo Padre muy triste, porque me dice: “Hijo, ¿ves?, en cuanto se les deja y no se les hace..., y no estás ahí atrayéndolos, cómo se van cada uno por su lado, y se pierden; así es el hombre”.

Y Yo le digo: “Padre, ten paciencia con ellos, porque están ahí y no tienen un Maestro que le sigan, que les enseñe. Porque todos los que podemos enseñarles, estamos aquí; y les enseñamos y les estamos dando, pero cara a cara no nos ven. Y ves cómo a algunos les gusta oírnos; pero, luego, al momento todo se les ha olvidado, que existimos, que estamos aquí, que estamos pidiendo por ellos, que estamos sufriendo por ellos”.

Y Yo os digo, hijos míos: “No os olvidéis tan pronto de la Enseñanza que estamos dándoos, tanto mi Santa Madre como Yo cuando vengo. Porque Yo os quisiera coger aquí y teneros siempre conmigo pegados a mi Corazón. Pero, hijos míos, vosotros también tenéis que trabajar conmigo; cada uno por nuestro lado, cada uno siendo el maestro como se puede. Porque, hijos míos, todos, todos pueden enseñar a otros hermanos y esos hermanos enseñar a otros, porque todos tienen un amor y todos tienen ese don que mi Padre les ha dado para que puedan hacer cada uno por su lado lo que tengan que hacer y lo que mi Padre quiera que hagan”.

Pero, hijos míos, trabajar es muy penoso, el trabajo a nadie le gusta; y cuando hay que trabajar, nos vamos apartando cada uno por un lado; y si eso es así, no puede ser. Por eso, se está poniendo todo el Mundo todo como está. Porque siempre el Mundo ha estado corrompido, porque todo lo que quieren es vivir sin trabajar, y tener mucho sin ganarlo. Y eso, hijos míos, nunca han venido a darles para que tengan y digan.

Por eso, hijos míos, Yo en este día de dolor -porque para Mí los viernes es día de dolor- os pido que vosotros también tengáis dolor y pidáis mucho por todo el Mundo; y si tu dolor puede quitarle a un hermano el suyo, aunque el tuyo lo hagas más grande, hazlo; no pienses y digas: “Cada uno que lleve el suyo”.

Hijos míos, el que piensa así, mal, acabará mal; porque eso no es, hay que ir quitando a los hermanos todo el mal y dándoles bien; aunque yo me traiga ese mal y luego tenga que darle al Padre, y decir: “Padre, ayúdame como yo le he ayudado a mi hermano”.

Pues así tenéis que hacer vosotros también, hijos míos; y no mirar quién es ni quién no es, sino ayudar, y decir: “Aquí estoy yo, porque yo no soy nadie ni nada; todo lo que tengo y todo lo que soy es de mi Padre Celestial, que me lo ha prestado; no que me lo ha dado, que me lo ha prestado para que yo disfrute de él, y se lo dé a otro hermano que también lo necesita. Voy a hacerlo”.

Hijos míos, poned y aprended a vivir bajo el manto de nuestro Padre Celestial; porque el Cielo es el manto vuestro, que os está dando y os tapa y vivís bajo de él; que es el manto de mi Padre y es el que os arroja cuando lo necesitáis.

Bueno, hijos míos, Yo, vuestro Amado Jesús, os voy a bendecir para que quedéis bendecidos y deis mucho Amor: el Amor que Yo os doy a vosotros, dadlo también al que no lo tiene.

“Yo, vuestro Amado Jesús, que del Cielo ha venido para estar aquí en este día de dolor con vosotros, Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, os quiero y os amo mucho. Dad a vuestra Madre Celestial el Amor que también necesita, que está sufriendo mucho.

Adiós, hijos míos, adiós.

Martes, 14 – Febrero – 2012

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Soy vuestra Madre Celestial, hijos míos. Aquí estoy con vosotros orando. Hoy no he querido interrumpir el Santo Rosario, porque para Mí eso es una joya muy grande.

Yo, hijos míos, tengo mucha pena hoy en mi Corazón, porque veo que todo va cada vez para atrás, para adelante no va nada; ¡y tengo tanta pena y tanto dolor!

Hijos míos, Yo se lo digo al Padre Celestial; se lo digo a mi Amado Jesús, a mi Hijito, y digo: “Hijo mío, ¡tanto como he sufrido! Porque Yo vine para sufrir, no para gozar en el Mundo, sino para sufrir”. Y voy a seguir sufriendo por todos vosotros, por todos mis hijos: por los que me quieren y por los que no me quieren.

Hijos míos, Yo, desde que el Padre Celestial me escogió para el Mundo para que fuera la Madre del Divino Redentor, empecé a sufrir desde pequeña. Luego, me llevaron al Templo bien pequeña sufriendo. Murió mi padre, todo fue un sufrimiento mi vida, y sigue siendo. Pero también le digo al Padre Celestial: “Mira, cómo va a poder ser todos esos que son nuestros hijos -

que para eso los hemos cogido- ; para eso Tú, Padre Celestial, escogiste al Mundo y quieres que en el Mundo todos sean muy buenos y obedezcan; unos a los otros se tengan amor y se quieran mucho y se respeten; y así lo quieres”.

Y cuando está todo que parece ser que hay respeto, que hay humildad, viene luego Satanás con su largas manos y quiere arrear con todo; llevárselo todo, hijos míos. Y eso es para sufrir mucho, ¡mucho! Porque todas las que estáis aquí, todas sois madres de vuestros hijos. Yo también fui Madre de mi Hijo en la Tierra; ¡cuánto sufrí por Él!, como vosotros sufrís por los vuestros. Ahora sois todos; pues, ¡cuánto sufro por todos!, ¡cuánto sufre el Padre! Y el sufrimiento tan grande que es que tú quieras a tus hijitos, que te estés esmerando en ellos, que estés poniendo todo tu Amor; y que luego, esa persona tan mala -con sus manos grandes- quiera devorarlo todo, te lo quite todo ¡para sufrir, para llorar! Pero, hijos míos, así lo quisieron los hombres.

Porque el Padre no hizo el Mundo así, para que estuviera tan mal, se pelearan los unos con los otros, no haya respeto incluso a los mismos padres, los mismos hermanos, no se guardan ese respeto que se tienen que guardar a sus padres y a sus madres, que es lo que el Padre Celestial dice: **“Honrarás a tu padre y a tu madre, porque se están sacrificando por ti”.**

Pues hoy nada; no se mira nada de eso, y Yo sufro mucho. Y si el Padre me dice: **“María, sé que sufres mucho; pero ellos lo han querido así. Yo quería un Mundo bueno, de amistad, de amor; que no hubiera diferencia entre los unos y los otros, que todos fueran iguales y que todos se amaran, y no hubiera nada por medio que les pudiera estorbar ni a unos ni a otros; y, sin embargo, ellos mismos se han creado este Mundo de pena, ¡de dolor!. Yo, ¿qué hago? Tengo que dejarlos, porque así lo quieren ellos. Yo sé que Yo podía aplastar de momento todo, pero tampoco... Tengo que ir con humildad y con Amor, y no decir: “Si tú has hecho esto, yo te voy a castigar”. No, yo no puedo hacer eso. Pero los hombres son así: no quieren nada más que tener mucho y cada vez más; y si tienen medio, quieren tenerlo entero. ¡Todos!, ese egoísmo lo tienen todos los hombres, no vamos a sacar a ninguno; porque, hijos míos, esa pena la tengo: que os cobija a todos, unos con más ambición que otros, pero todos iguales”.**

Yo sufro, y le digo al Padre: **“Padre, mira a ver, si no tuvieran. Ahora mismo ese hijo nuestro que no tiene nada, ¡que mira cómo está!”.**

Y me contesta el Padre Celestial: **“Porque su hermano es un egoísta, porque su hermano no quiere darle. Que el Mundo está hecho para que todo el mundo tenga, pero a unos se les sale y otros no tienen nada. Y cómo quieren tener cada vez más...; unos porque lo ganan con el sudor de su frente y otros porque lo ganan como quieren y arrollando a todos**

los que se les ponen por delante”.

Hijos míos, esa pena es tan grande, que Yo... mi Corazón está hecho una pena de ver que por egoísmo del hombre hay tanta pena en el Mundo, ¡hay tanto dolor! Porque cuántos hijos hay que tienen para comer todos los días y para apañarse; y lo meten lo que les sobra, lo guardan y no se lo dan a nadie, aunque lo vean que no tienen nada. Y están mirando y... “yo cómo voy a darle esto y cómo voy a hacer esto, si tengo que guardarlo”.

Pues, hijo mío, aquí no viene nada. Todo se queda ahí. Por mucho que queráis, aquí se viene con nada, con las manos libres; porque ya las tenéis atadas mientras que estáis ahí en el Mundo, no sois libres, estáis atados al dinero; estáis sacrificando vuestra vida por el dinero, por el egoísmo, cuando el egoísmo es uno de los pecados más graves.

Yo, hijos míos, os lo he explicado bien, para que os enteréis y sepáis qué tenéis que hacer si queréis estar libres. Si queréis estar con las manos limpias, no queráis estar atados y amarrados a ese vil dinero, hijos míos.

Bueno, hijos míos, os voy a bendecir, para que quedéis bendecidos. Y esta Palabra que hoy he dado, es para que os vayáis soltando un poquito, librándose un poquito de vuestras cadenas. Os quiero ver libres, no os quiero ver a una cosa tan insignificante estar agarrados a ello y atados a ello. Veréis y fijaros vosotros, que el que más tiene más egoísta es y menos quiere dar. Pues no seáis así, hijos míos, desenvolvedos y soltad las cadenas que os amarran; porque el dinero es una cadena muy grande que os tiene atados.

“Yo, vuestro amado Jesús, que hoy os voy a bendecir por mi Madre Celestial, porque aquí he estado con Ella para darle un poquito bálsamo a su Corazón y al vuestro. Con la Luz de mi Padre y el Amor y el Agua del Manantial, Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Esta agua os libraré.

Adiós, hijos míos, adiós.

Viernes, 17 – Febrero – 2012

NUESTRO AMADO MAESTRO JESÚS

Hijos míos. Soy vuestro amado Jesús. Orando estamos todos, hijos míos, para ayudar al Mundo. Yo, hijos míos, estoy orando, porque no quiero que mis hijos se vean como todos esos se están viendo.

Hijos míos, orad mucho y pedid mucho al Padre. No lo olvidéis. Pedid mucho por esos hermanos que están como niños. Y todos -lo mismo da que sean hombres, que sean mujeres, que sean niños- a mí me dan mucha pena, y

digo: “Pero, ¿por qué hay tanto Satanás andando por el Mundo? Y dicen que eso es cosa de Dios. ¿Por qué dirán eso?”.

Hijos míos, mi Padre no quiere eso. Mi Padre solamente quiere amor, ¡mucho amor! Pero ahora les ha dado por confundir. Decidlo, hijos míos. Pero Yo sé que vosotros que me conocéis a Mí, que conocéis a mi Santa Madre y también a mi Santo Padre, sabéis que eso no es de mi Padre. Porque mi Padre solamente hizo a todos los hombres para que se quisieran mucho y se amaran mucho, no para que se odiaran como se odian.

Yo, cuando le digo a mi Santa Madre: “Mira, Madrecita, ¡mira qué ángel viene por allí!; ¡fíjate cómo vuela!; viene hacia nosotros, porque lo traen todas las Cortes Celestiales de Ángeles. ¡Mira cómo lo traen, Madrecita!”.

Y mi Madre sale a recogerlo. ¡Ya vienen ellos mismos con su amor, volando hacia el Padre Celestial!

Y Yo digo, hijos míos: “¿Por qué?, ¿porqué hacen eso?”. Yo a mi Padre también se lo digo; le digo: “Padre, ¿Tú no puedes suspender esto?, que te echan la culpa a Ti, que nos la echan a nosotros”.

Y me dice: “Hijo, Tú sabes que esas cosas no son cosa nuestra; que nosotros no queremos que vengan estos ángeles volando solos, dejando a su padre y a su madre atrás, porque esos verdugos los han matado; porque esos ángeles no tenían que morir, tenían que estar en el Mundo para hacer su mandato que tenían que hacer, y les han arrebatado su vida”.

Yo quiero que vosotros, hijos míos, y todos lo comprendáis, que eso ya no es cosa..., que eso es cosa de Satanás. Y están haciendo... ¡cuántas cosas malas!, ninguna buena. Porque tiene al Mundo enredado por todos los lados. No es que pueda más que mi Santo Padre, no. Pero sabe que le queda muy poco de tiempo para encadenarlo, para que lo encadenen; y está muy mal, porque sabe que lo tiene que encadenar solamente una Mujer, y por eso está que no lo quiere ni creer; porque quien lo tiene que encadenar para siempre..., mi Santa Madre, es la que lo tiene que encadenar.

Pero, hasta que no llegue su hora, no lo puede hacer; y mientras, él está haciendo todo lo que puede, y ninguna cosa buena, todas malas. Pero ya lo pagará todo. Entonces, Yo le digo a mi Santo Padre que Él sujete un poquito al Mundo; que no haga nada, para que cuando llegue el momento de que sea encadenado, haya Paz y Amor en el Mundo. Y así será.

Porque, entonces, Yo, vuestro amado Jesús, tendré mi segunda bajada: llegaré ante vosotros y estaré, aunque no me conozcáis. Pero estaré entre vosotros, y estaré a ver si ha cambiado mucho de cuando Yo estuve en el Mundo a cuando baje. Que sí que ha cambiado mucho, lo sé; pero los malos..., malos eran y malos son, siempre lo han sido y siempre lo serán. Y así esos no cambian nunca, solamente quieren ellos triunfar y no dejan al hombre que viva

en Paz, con Amor; en su casa que no haya nada más que eso: Amor, Paz, y tengan todos misericordia los unos de los otros; y así estén gozando, para cuando lleguen al Cielo con mi Santo Padre, que ya hayan sabido lo que es gozar de alegría y de amor.

Pero mientras que este Satanás esté suelto...; él está porque tiene tantísimos a su alrededor, que ya está triunfando; pero está triunfando por eso, porque mi Santo Padre lo está dejando. Pero cuando llegue mi Madre con el Santo Rosario, y con el Santo Rosario lo encadene, no habrá quién lo suelte, y quedará atado para siempre. Y, entonces, el Mundo será todo Amor, para que se quieran todos los hermanos y el Mundo sea una balsa de Amor. Porque todos se conocerán por lo mismo: por el Amor que den, por el Amor que tienen y por el Amor hacía el Padre. Entonces, no habrá duda ninguna, como ahora las hay, muchas y muy duras.

Pero vosotros seguid adelante, que todo se irá aclarando y veréis las cosas cada día más claras. Porque así lo quiere mi Santo Padre: que las cosas sean claras y vosotros, hijos míos, lo veáis todo claro. Pero para eso, lo primero es: Satanás encadenado; lo segundo: vosotros cambiad mucho; iros olvidando de muchas cosas que no tenéis que acordaros, solamente del Amor, y olvidar; que nadie, ningún hijo, ningún hermano vuestro que esté con nosotros y que tenga Amor y Misericordia, querrá hacerle daño a otro hermano como él.

Hijos míos, ¡adelante!, y pedid al Padre. No os canséis, que os lo vengo diciendo: **“Pedid, pedid, que todo se dará cuando el momento sea y llegue. Entonces, no cuando vosotros lo pidáis, sino cuando mi Padre diga que ahora es el momento, hijos míos. Y no tengáis prisa, tranquilos, que todo llegará. El que tenga su corazón limpio y el que tenga todo su ser que sea para mi Padre Celestial, hijos míos”**.

Yo os estoy avisando, hijos míos, y enseñando este aprendizaje, para que no os pille..., y digáis: **“No estábamos enterados”**.

Sí, hijos míos, Yo os lo estoy diciendo, que para que venga esa Paz que Yo os he dicho, que todo sea una balsa de Amor, también tiene que venir y está viniendo mucho mal y doloroso; porque ya lo sabéis, el que sólo quiere el mal y la destrucción.

Bueno, hijos míos, os voy a bendecir, para que vayáis bendecidos y el maligno no se pueda acercar a vosotros; aunque siempre está..., siempre está en vuestras casas, en vuestros hogares, y entra ya hasta en los templos. Así que, hijos míos, mirad ya si está suelto y ya se está haciendo dueño. Piensa él que se está haciendo dueño; pero, no, Dueño es solamente mi Padre, que fue el que hizo el Mundo, y Él triunfará y triunfaremos todos, hijos míos.

“Yo, vuestro amado Jesús, que estoy aquí con vosotros y con mi Madre y toda la Corte Celestial acompañando y cubriendo a vosotros, os

bendigo con el Agua del Manantial de mi Padre Celestial, con la Luz de mi Padre y el Amor. Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, todos quedáis bajo este manto de Luz y de Amor, para cuando salgáis a la calle que todo vayáis cubriendo y vuestros hogares también.

Adiós, hijos míos, adiós.

Martes, 21 – Febrero – 2012

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Hijos míos: Soy vuestra Madre Celestial. Aquí estoy con vosotros orando, pidiendo por todos vosotros. Vosotros también pedid por vuestros hermanos y por el Mundo, hijos míos.

Yo, vuestra Madre, vengo, hijos míos, a daros la Palabra para que veáis que siempre estoy con vosotros y que no os dejo. Me da mucha pena en tantos sitios que me he tenido que retirar. Pero ya la Palabra, hijos míos, se está acabando; porque parece ser que mi Palabra no cae en sitios que pueda florecer, sino en sitios que se seca; que se seca pero que no florece nada.

Hijos míos, ¡venga, que florezca!, que la Palabra del Padre Celestial sea en vuestro corazón lo que reine, para que el Padre esté contento y todos estemos contentos.

Hoy, hijos míos, aquí en el Cielo hay una fiesta en mi honor, porque el Padre así lo ha pedido, para que no sufra tanto como sufro por todos. Pero a Mí no me alegra; solamente me alegra cuando veo que mis hijos tienen paz, tienen amor y solamente quieren tener en su corazón mi Palabra, y solamente están orando y están pidiendo por todo el Mundo, para que el Mundo florezca de otra manera.

Yo, hijos míos, os digo que vosotros sigáis pidiendo y sigáis orando. No os canséis nunca; y si hay algún hermano que quiere meter su garra para que se seque la Palabra, vosotros regadla con amor, con muchísimo amor hacia todos: hacia vuestros hermanos, veréis cómo nunca se seca mi Palabra.

Ahora, si no os acordáis de nada, si no os acordáis que el Padre está con sus brazos abiertos esperando que sus hijos le pidan, esperando que sus hijos se acuerden de Él para bien, para decirle: “Padre, ¡te quiero, te amo!”; no para decirle blasfemias, como hay muchísimos que eso es lo que le dicen más que alabanzas.

Yo siempre quiero que cuando os dirigáis al Padre Celestial sea con alabanzas bonitas, sea con palabras bonitas, con amor: ese amor que Él se

merece, porque es el que todo nos lo da -porque todo nos lo puede quitar-. Esas alabanzas que a Él le gustan tanto como a Mí, hijos míos.

A Mí me alegra mucho cuando veo que mis hijos están alabándome, están diciendo que quieren mucho a su Madre Celestial -porque Yo les doy mucho Amor a todos-, mi Corazón se alegra. Por eso, Yo quiero, hijos míos, que el vuestro también esté alegre; porque si el corazón está alegre, está todo; pero si el corazón está triste, triste está todo el mundo.

Así que, hijos míos, no lo tengáis nunca triste por muchas cosas que os pasen, muchas dificultades; porque todos tienen dificultades, todos tienen dolor en el corazón, todos tienen... Pero eso, hijos míos, es para que vuestro corazón vaya cogiendo el brío y el amor que debe coger.

Si sufres hoy un disgusto en tu corazón, piensa que mañana -sin tardarse más- ese disgusto se puede volver en alegría, en amor; y ese disgusto te puede traer muchísimas cosas buenas. Y no estar ahí con la cabeza agachada pensando y diciendo que tienes ese disgusto. Eso así te puede traer disgusto, ¡pero disgusto de verdad!, porque esa mente no deja de pensar en cosas, pero ninguna buena, siempre malas para vuestra mente y para vuestro cuerpo.

Pues así, estando siempre con el amor al Padre, veréis cómo ese disgusto que tenéis se vuelve menos, y a otro día va floreciendo para bien y ya ese disgusto no es disgusto; ese disgusto es amor y alegría, y entonces verás cómo ya no te acuerdas del disgusto que pasaste ayer.

Eso es lo que Yo quiero: que cuando os ocurra algo, siempre que tengáis un contratiempo, hijo mío, -porque eso así es- no penséis mal; no penséis en cosas todas lo contrario a lo que tenéis que pensar, sino decir: **“Bueno, Padre, hoy ha pasado así, mañana si Tú lo quieres será de otra manera. Yo estoy aquí para recibir en mi corazón todo lo que Tú quieras”**.

Y así, veréis el cambio que da todo, porque a otro día son alegrías y bienestar. No si estáis..., nada, dándole, dándole, ¿sabéis quién se apodera de vosotros, hijos míos?, el contrario, ése es el que se apodera, y es el que está ahí diciendo en vuestra mente todo lo contrario y poniendo el corazón mal; y así nunca tendréis amor hacia el Padre ni hacia vuestros hermanos.

Porque, hijos míos, cuando estáis así no tenéis amor, incluso ni los padres hacia los hijos, ni los hijos hacia los padres; ni el esposo hacia la esposa, ni la esposa hacia el esposo. No hay amor, no hay esa alegría, no hay ese bienestar; solamente lo que el contrario quiera, porque es el que tiene el bienestar, porque está triunfando.

No, hijos míos, desterrad eso y decid: **“¡Fuera!, conmigo no vas a triunfar tú nunca, porque conmigo triunfará mi Padre Celestial que en el Cielo está y desde allí me está cuidando, me está dando Amor y me está diciendo el camino que yo tengo que llevar.**

Y yo, como buen hijo que soy, tengo que obedecerle, tengo que

acatar su consejo y tengo que decir: **“Aquí estoy para lo que tú quieras, no para lo que quiera el contrario”**.

Porque yo soy así y le doy al contrario cosas que no debo dárselas, porque él no me puede traer nada bueno, todo son cosas malas. Lo bueno eres tú, Padre Celestial, ¡Padre!; que eres mi Padre y yo soy tu hijo, y como hijo bueno aquí estoy para triunfar contigo y decir: **“Mi Padre me está enseñando, mi Padre me está trayendo el bien del Cielo, para que yo camine, para que yo vaya. Sufriendo, pero voy hacia Él y le digo: “Padre, espérame que voy hacia Ti. No sé cuándo llegaré, pero como Tú no tienes prisa, me esperas; porque tengo que sufrir todas las consecuencias hasta llegar a Ti”**.

Y así es como el Padre quiere que viváis: que no le deis entrada al maligno; que al maligno lo desterréis de vuestra casa, de vuestro cuerpo, de vuestro alrededor.

Ayudad a vuestros hermanos que no saben nada de esto, y piensan que están triunfando hacia el Padre, y, sin embargo, están triunfando hacia el contrario. ¿Por qué? Porque no hay un hermano que le ayude y que le enseñe como Yo os lo estoy enseñando a vosotros. Estoy dando mi Palabra, y Yo quiero que mi Palabra sea dada a otros hermanos y que enseñen a otros que no conocen nada.

¡Daros, hijos míos!, porque pronto llegará el momento que tengáis que ir enseñando a todo aquél que no sabe. Pero no os quedéis en vuestra casa, ahí diciendo: “Yo cumplo con el Padre, cumplo con la Madre Celestial; voy al Templo y cumplo”.

No, hijos míos, todo eso hay que hacerlo, pero también hay que salir a dar el cuerpo de uno para los hermanos que no saben; dar la Enseñanza que a vosotros os están dando para que vosotros también la deis y vayáis atrayendo muchos hermanos y muchas almas hacia el Padre Celestial.

Si vierais, hijos míos, ¡qué contento se pone el Padre cuando un hijo le trae un alma que estaba perdida!, y ese hermano se la ha encontrado y lo ha ganado a fuerza de decirle lo que tiene que hacer y cómo tiene que caminar y cómo la Madre Celestial le ha dado su Palabra, y mi Amado Jesús.

Si vosotros también lo enseñáis, el Padre Celestial cuando ve que habéis ganado un alma y que se la entregáis, hijos míos, el Padre se pone muy contento y vosotros ganáis muchas indulgencias hacia el Cielo.

Hijos míos, pedid mucho, haced mucho y trabajad mucho. Porque hay que trabajar, porque todas las cosas tienen su trabajo. Nada nos dan así: decir yo te lo regalo; no, hay que trabajar y hay que ir haciendo el camino, para que otros luego puedan andar por él. Haced camino, hijos míos, no os quedéis en vuestros hogares; ¡es muy cómodo eso! Hijos míos, no digáis: “Yo como rezo y pido, todo me sobra ya”. No, que hay que hacer muchísimas cosas hacia el

Padre.

Bueno, hijos míos, medita todo lo que os he dicho, y haced por vuestros hermanos. Dad vuestro amor y vuestro corazón.

“Yo, vuestra Madre Celestial que del Cielo ha bajado, con el Amor del Padre, con el Agua del Manantial del Padre Celestial -que todo lo da para sus hijos-, Yo, vuestra Madre, os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, todos quedáis bajo mi manto celestial. Os quiero y os amo mucho. Amad vosotros mucho también.

Adiós, hijos míos, adiós.

Viernes, 24 – Febrero – 2012

NUESTRO AMADO MAESTRO JESÚS

Mi Paz sea con vosotros, hijos míos. Soy vuestro Amado Jesús. Aquí estoy orando con vosotros y pidiendo por todos mis hijos. Yo, hijos míos, quiero que vosotros también pidáis por vuestros hermanos, que hay muchos que os necesitan. Yo pido por todos esos que no nos conocen, que no nos aman. Para nosotros..., que hay que pedir más por ellos que por los que ya están con nosotros. Por eso, hijos míos, pedid mucho a vuestro Padre Celestial, que es mío y también es vuestro, y a nuestra Madre Celestial también; y quererla mucho, porque ella, hijos míos, os quiere mucho y sufre mucho por todos sus hijos.

Pero Yo Le digo muchas veces: **“¡Si ellos no quieren!”**. Porque cuántas veces queremos poner la mano en muchos hijos, y no nos quieren, tiran para otro lado; no hay quien los atraiga. Y Yo les digo: **“Bueno, hijos míos, si vosotros no queréis, no se puede obligar a nadie”**.

Yo, por eso, os digo a vosotros lo mismo que les decía a mis Apóstoles: **“Id y cuando lleguéis a una casa dad, que la Paz sea con ellos, y estad ahí enseñándolos y preparándolos. Pero si no os quieren y os ponen mala cara, seguid. Pero si siguen, limpiad el polvo de vuestras albarcas, y decid: “Quedaos con Dios””**.

Y eso os digo Yo a vosotros, hijos míos: **“Insistid; pero si ya no quieren, decid: “Hermano, que el Señor te ayude, porque yo ya no puedo. Estoy poniendo todo de mi parte, y no quieres””**.

Por eso, hijos míos, hay estas fechas de dolor, de mucho sufrimiento y de amor; porque son de amor también, porque Yo di todo por Amor hacia vosotros, hijos míos, para que el Mundo fuera mejor, para que el Mundo fuera como mi Padre quería y como lo hizo. Quería que fuera todo bueno, que no

hubiera nada malo; pero nada, fue más bien todo malo que todo bueno. No miraron nada de que Yo vine al Mundo solamente para que me conocieran, para que vieran que sí que había Dios y que estaba ahí con nosotros; y a Mí no me creyeron.

Sé que es muy difícil todo, porque si a Mí no me creyeron, ¿a quién iban a creer?, ¿a vosotros?, tampoco. Porque Yo les ponía todo claro, clarito; les decía que era el Hijo del Padre, y se me reían; decían que: “**¡el Hijo del Padre!**”. Y no sabéis, hijos míos, lo que Yo tuve que sufrir de burlarse. Pero todos en general, de burlarse y de decir que era un embustero. Y Yo todo..., y hacía los milagros delante de ellos: curaba enfermos, curaba a ciegos, curaba a todos los que no podían andar; y todos lo veían y decían: “que no, que no era Hijo del Padre, que era un profeta que tendría esa Gracia para hacer esas cosas”.

Iba a los Templos a enseñar, y me ponía allí sin nada y les daba explicaciones y les decía cómo tenían que vivir, lo que tenía que pasar -como ahora se está diciendo- y no lo creían, ¡no creían!; solamente creían más los humildes de las poblaciones, las personas sencillas que eran las que me seguían e iban a escucharme hablar. Sin embargo, los que sabían mucho, no querían saber nada de Mí; y todo era hablar y decir que todo era mentira, que era un brujo, que eso eran brujerías lo que Yo hacía.

Por eso, hijos míos, hoy que no os extrañe si os llaman todas esas cosas, porque todas esas cosas las sufrí Yo. Sufrí que me pegaran. Vosotros, hijos míos, no sabéis ni lo que Yo sufrí, cuando me detuvieron me llevaron a la prisión; allí, ¡lo que hacían conmigo!: me cogían del pelo, uno por un lado y otro por otro, y parecía Yo... con los pelos cada uno tirándome, escupiéndome en la cara, y decían: “**Si eres quien dices, ¿por qué no nos castigas?, ¿por qué Te dejas que Te peguemos?; ¡falso!, ¡que eres un falso profeta!**”.

Y Yo no contestaba, solamente decía para Mí: “¡Ay, hijos míos, si Yo y mi Padre no quisiera que esto pasara para ejemplo, qué pasaría aquí ahora mismo!”. Solamente cuando me decían que quién era, Yo decía -eso nunca lo negué- “que era el Hijo del Padre”. Y aquellos se reían de Mí, y Yo decía: “**Haced lo que queráis**”.

Hijos míos, mi cuerpo era todo una llaga. Los trocitos de carne de mi cuerpo estaban por allí tirados, de cada vez que me daban un golpe con aquel látigo. Y todo eso todavía lo estoy sufriendo, hijos míos; porque cuando un hijo mío hace algo que no debe de hacerlo y lo hace, también me crucifica y también me golpea. Así que, hijos míos, de eso recibo muy a menudo, ¡muchos golpes!, y Yo lo sufro y lo estoy sufriendo.

Por eso os digo, que hagáis ahora en estos días sacrificios, muchos sacrificios, penitencias; haced penitencia para que vuestro cuerpo y vuestra mente vaya quedando limpia. Cuando en vuestra mente se ponga, a vuestro

alrededor, que quiera cambiar y entrar algo que no sea de vuestro gusto, hijos míos, retiraos y no consintáis que entre, porque entra como manso y sale como lobo.

Por eso, hijos míos, os digo: “que hagáis mucha penitencia, que hagáis por vuestros hermanos todo lo que podáis: el que esté enfermo, acudid a él; el que os necesite, acudid a él, y decid: **“Hermano, aquí estoy para ayudarte. No quiero que sufras; porque si tú sufres, también sufre Jesús, nuestro Hermano”**”. Así se lo decís. Me da mucha pena cuando Yo veo que sufre.

Cuando Yo veo que un hermano que os pide, verdaderamente es que lo necesita, dad, dadle; porque están pagando muchos justos por los pecadores. Así que, hijos míos, no caigáis, y ayudadle al que lo necesita. Yo sé que todos, hijos míos, lo necesitáis. Yo sé que en vuestras casas tenéis vuestros problemas, pero también sé que coméis todos los días y que tenéis para comer, y, si se acerca un hermano, para darle una limosna también.

Hijos míos, aprovechad en estos días de sufrimiento y de dolor mío, en estos días de Cuaresma que Yo me fui solo a sufrir, descalzo, sin comer, sin tener donde reclinar mi cabeza;-por almohada era una piedra.

Por eso, hijos míos, si todo eso lo sufrís, cuando os toque sufrir algo de esas cosas decid: **“Mi amado Jesús también lo sufrió, y lo sufrió por mí, porque quiso que me salvara; quiso quitar el pecado y no pudo. Ahora qué menos que yo le pague con un poquito de lo que Él sufrió”**.

Y así vuestro corazón, vuestro cuerpo, también se salva; que es lo que tenéis, hijos míos, que buscar: vuestra salvación, para que vuestro cuerpo y vuestro corazón esté limpio hacia el Padre Eterno. Yo, hijos míos, os lo pido.

Ahora, en estas fechas, vais a sufrir mucho; porque es el tiempo de sufrir, de dolor y de amor. El que tiene dolor también tiene amor, porque va buscando su Paz, su Amor; va buscando al Padre Celestial; va haciendo ese camino que hay que andar y que hay que seguir, diciendo: **“Sé que me cuesta y me va a costar, pero yo lo voy a intentar una y otra y muchas veces, hasta que llegue el momento que lo pueda hacer. Porque yo sé que lo voy a hacer, porque ahí está mi Padre Celestial para cuando termine el camino, que alargará su mano para ayudarme y darme su mano a mí”**.

Hijos míos, ¡qué bonito es llegar tan limpio de todo!; con ese cuerpo sufrido pero limpio, y que el Padre Celestial alargue su mano y su brazo para coger la tuya, y decirte: **“Vamos, hijo, que te estoy esperando; que aquí tienes lo que tú has ganado”**.

Eso, hijos míos, tenéis vosotros que ganarlo, a fuerza de sufrimiento, a fuerza de sacrificio, a fuerza de hacer caridades, y decid: **“Padre, aquí estoy; pero todo, sin poner nada ni guardarme nada. Soy tuya y todo lo mío es tuyo. Tú me mandaste al Mundo para sufrir y he venido a tus pies sufriendo, y con el Amor que Tú me has dado me ha bastado para seguir**

tus huellas y tus pasos”.

Hijos míos, hacedlo, que el que sufre y el que hace todo eso va ganando mucho camino.

Bueno, hijos míos, os voy a bendecir. Y vivid estos días con mucho amor, ¡con mucho!, y con mucho sacrificio; para que el Padre Celestial vea que verdaderamente estáis dispuestos a dar vuestra vida por Él.

Bueno, hijos míos, Yo, vuestro Padre, vuestro Jesús, vuestro Hermano, ¡lo soy Todo! Os voy a bendecir con el Agua del Manantial del Padre Celestial, el Amor: ese Amor que el Padre nos da. Y en estos días de tristeza, de pena y de dolor, Yo os cubro con mi Amor y con mi Luz, para que nadie pueda haceros daño, hijos míos: En el nombre del Padre+, y del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, os quiero y os amo. Seguid el camino derecho.

Adiós, hijos míos, adiós.

Martes, 28 – Febrero – 2012

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Hijos míos: Soy vuestra Santísima Madre, que estoy aquí muy triste, con mucha pena. Pero, hijos míos, vosotros no tenéis culpa de esa pena mía tan grande, y quiero alegraros un poquito a vosotros, diciéndoos que estéis, el corazón lo tengáis alegre; pero también tengáis en vuestro corazón a esos hermanos vuestros que tanto necesitan, aunque ellos digan que no, aunque ellos necesiten más que vosotros. Pero pedid por ellos y no los dejéis. Pedid por esos niños que andan por la calle, que no tienen ese amor ni tienen nada. ¡Cuánta pena, hijos míos, esos niños tan pequeños y se ven abandonados, se ven sin amor de nadie; porque no tienen amor, no tienen nada! Porque si los principales, que son sus padres, y sus padres los abandonan, pues ya quedan solos.

Pero, hijos míos, pediré al Padre que os ayude, que no os abandone; aunque Él nunca abandona a sus hijos, pero son sus hijos los que lo abandonan antes a Él. Pero Él también quiere que le pidan y que se acuerden de Él, y que digan: “Padre Celestial, aquí estoy con mis brazos abiertos para pedirte todo aquello que necesito y que necesitan mis hermanos; que están que quieren saber si Tú también los quieres”.

Y veréis, hijos míos, cómo el Padre os contesta diciendo: “Sí que los quiero, ¡cómo no voy a querer a mis amados hijos! Aunque son sus padres de la Tierra quienes los tienen y los abandonan”.

Por eso, hijos míos, a Mí me da tantísima pena, que siempre tengo el

*Corazón roto de dolor. Pero, ¡a ver!, hay que aguantar y tirar todo para arriba, y decid: “**Madre, yo aquí estoy para que de mí hagas lo que en tus manos está todo. Estoy a tu servicio, porque te quiero y te adoro. Tú, como Madre mía que eres, dame lo que Tú creas que yo me merezco**”. Y así podéis pedir al Padre.*

Pedid por todo aquel que se acerque a vosotros, hijos míos, porque ahora hay muchísimo abandono: muchísimos hijos que andan por ahí sin saber por dónde andan, sin ese amor de nadie; solamente el Padre Celestial los va guiando, y de noche cuando no tienen y duermen por esas calles solitos, el Padre les manda -para que se puedan abrigar y recogerse- les hace y les pone como una casa blanca de Luz, para que a ellos los cubra y no les pueda pasar nada.

*Pero eso, hijos míos, es lo más grande que el Señor les puede hacer. Pero también se ven solitos, se ven que no tienen amor de nadie. ¡Eso es muy triste, hijos míos! Y al ser tan triste, el Padre está y dice: “**Ven, hijo mío, a mi Corazón. Hijo, ven, que te estoy esperando; ven, que te quiero dar el calor que no tienes: el calor que no tienes porque nadie te lo ha dado, Yo te lo voy a dar y te lo voy a enseñar. ¡Corre, hijo mío! No seas así, ¡ven!**”.*

*Por eso, vosotros abrid vuestro corazón y vuestra puerta; que estos niños que andan por ahí, si algún día llegan a vuestra puerta a pedirnos, que no se vayan, hijos míos, sin darle un poquito de calor, sin darle tú un poquito de tu corazón, y decid: “**Toma, hijo, esto te servirá de abrigo, de calor, para que te abrigues**”.*

*Así, a vosotros también el Padre os dice: “**Estos son mis niños, los que Yo tengo escogidos para alegrar mi Corazón, para alegrar todo lo que en su corazón ha llegado y se le ha vuelto todo Luz. Hay Luz en ese corazón, no está a oscuras, no tiene tinieblas, está claro y se ve**”. Y así, hijos míos, es como Yo os quiero a vosotros.*

*El Padre Eterno también dice: “**Ven, Hija, ven. María, ven conmigo**”. Y Yo subo hacía Él, a su Morada, y Me dice: “**Siéntate aquí a mi lado**”. Y Yo como buena Hija y humilde, así lo hago. Y Me dice: “**Mira, Hija, te escogí para Madre del Salvador; fuiste escogida antes de nacer, pero nunca han sabido reconocer a ese Hijo que Tú llevaste en tus entrañas: ese Hijo que Tú llevaste, que venía con tanta Luz; que venía para salvar al Mundo porque así Yo lo quería. Y estuve con tu Santa Madre, porque en el momento que Tú, María, te engendraste en el vientre de tu Madre, de Ana, ya ella fue Santa, porque tuvo a la Madre del Salvador ella en su vientre; y pasó también muchos malos ratos, porque Tú no viste cómo apedreaban a tu Madre cuando salía del Templo; cómo apedreaban a Joaquín -lo mismo-, cuando iban al Templo; porque le decían que no podía, que era estéril, que no podía tener hijos; y por eso se lo hacían. Y Yo le decía: “No***

sufras, Ana, que Tú tendrás tu Hija; aunque Tú ya sabes que eres estéril porque Yo lo he querido. Porque ya has tenido una hija, y tendrás a tu Hija cuando el momento llegue; tendrás a tu Hija cuando Yo lo quiera, no cuando lo quieran todos los demás”.

Y así fue, hijos míos. Yo vine al Mundo cuando ya mis padres eran muy mayores. Y, claro, ellos ya no creían que Yo iba a nacer; pero como es el Todopoderoso tan bueno, dijo: **“Cuando ya nadie piense que Ana va a tener su Niña, la tendrá”**. Y así fue, hijos míos. Yo vine en los momentos que el Padre quiso. Fui escogida, y desde muy chiquita me llevaron a conocer el Templo y a ver todo lo que Yo tenía que atravesar cuando llegara el momento de que Jesús, mi Hijito, mi Amado, que tanto sufrió, que tanto dio al mundo: ¡mucha felicidad! Pero más podía haber dado, si los hombres no hubieran sido como fueron; si la maldad de los hombres no se hubiera hecho tan fuerte. Porque aquí ya no había hombres, ya eran fieras, animales, buscando a un solo hombre; y cómo venían aquellos que parecían como lobos en busca de un hombre; que no había hecho nada, que a nadie había molestado y que sólo lo que había dado siempre era Amor a todo el que se acercaba a Él. A todo el que Le quería y Le decía: **“Maestro, te necesito”**, allí estaba Él. **“Necesito que me cures”**, Él ponía sus manos y ya quedaba todo curado.

Luego, cuando Le pasaba algo, ya estaban todos llorando de ver que el que tenía que curarlo se perdía y nadie lo encontraba. Y no era que se perdía, que su Santo Padre lo quitaba de los peligros y quitaba todo por medio para que nadie pudiera... Y así era como mi Amado Jesús fue sufriendo: desde niño, perseguido; desde niño, cómo lo querían ya matar; cómo querían... porque decían que venía para arrebatarnos a todos de donde estaban.

Y cómo Él decía: **“Yo no vengo a hacer daño a ninguno, Yo vengo a hacer bien por el Mundo, por todos”**. Pero nada, no lo creían. Y así llegaron al fin de mi Amado Jesús. Ya dijo su Amado Padre: **“Ya se ha acabado. Ya Me lo traigo aquí conmigo, y desde aquí gobernaremos todo”**. Así fue. Y Yo me quedé solita, ¡muy solita!, en el Mundo de tanta maldad que había. Y Yo no tenía a nadie, solamente a Juan, que es el que estaba conmigo, que nunca me abandonó.

Pero, hijos míos, mi pena era grande y lo sigue siendo. Nunca se me ha quitado la pena. Porque mi Amado Jesús es y era mi Hijo, pero es que vosotros, el Mundo entero, también sois mis hijos y os quiero lo mismo que a mi Amado Jesús, hijos míos. Por eso os pido que vosotros también lo améis, lo queráis. ¿Y cómo lo queréis? Queriendo a esos niños que andan abandonados, que andan por la calle sin calor de nadie. ¡Ése es Jesús; ése es mi Amado Jesús! Dadle de comer, dadle lo que necesite, hijos míos, porque se lo estáis dando a mi Amado Jesús. Nunca los abandonéis, porque el que los abandona, lo abandona a Él. El que abandona a esos niños, abandona a

nuestro Amado Jesús.

Hijos míos, Yo quiero enseñaros y deciros todo lo que Yo he pasado y seguiré pasando. Pero, entonces, también fue muy doloroso; y poquito a poco os iré contando todo lo que pasé por entonces. Y ahora sigo pasando lo mismo, hijos míos.

Os voy a bendecir para que nadie os haga daño, no entre ningún enemigo a vosotros. Y os hará mucho daño si lo dejáis pasar; si no lo dejáis pasar, Yo tampoco. Por eso siempre os digo que no confundáis las cosas, que las llevéis y lo expliquéis todo muy bien. Y amad a todos vuestros hermanos, a todos los que quieren y aman al Padre; pero que como no lo conocen, hijos míos, pues no pueden entrar en el Corazón del Padre Celestial. Vosotros que lo conocéis, dadlo a conocer y dadlo con toda vuestra fuerza y vuestro corazón.

“Yo, vuestra Madre Celestial que del Cielo ha bajado con la Luz del Padre Celestial, la Fuerza y el Agua del Manantial del Padre Celestial, Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, y del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, todos quedáis bajo mi manto celestial. Os quiero y os amo mucho. Amad vosotros también mucho a vuestros hermanos.

Adiós, hijos míos, adiós.